



Balcón de una casa de Vielha mostrando con orgullo la bandera del Valle de Arán, con la estrella de doce puntas de Occitania



invadieron Cataluña con seis cuerpos de ejército, conquistando el Valle de Arán; sin embargo, tras una larga pugna diplomática, se decidió celebrar un referéndum popular; y los araneses, por una inmensa mayoría, se manifestaron a favor de incorporarse a la Corona de Aragón; en agradecimiento, el monarca Jaime II el Justo les concedió, en 1313, el privilegio de la Querimònia, una carta jurídica fundamental en la vida aranesa

que, durante mucho tiempo, ha permitido disfrutar del derecho de decidir sobre los asuntos que le son propios. En aquel tiempo este valle estaba dividido en seis partes, denominadas Terçons, y cada una de ellas elegía a sus *conselhers*, el conjunto de los cuales formaba el Conselh Generau, estructura que se ha mantenido hasta nuestros días. También se ha conservado la lengua aranesa, una variante del occitano.



Ruta 3

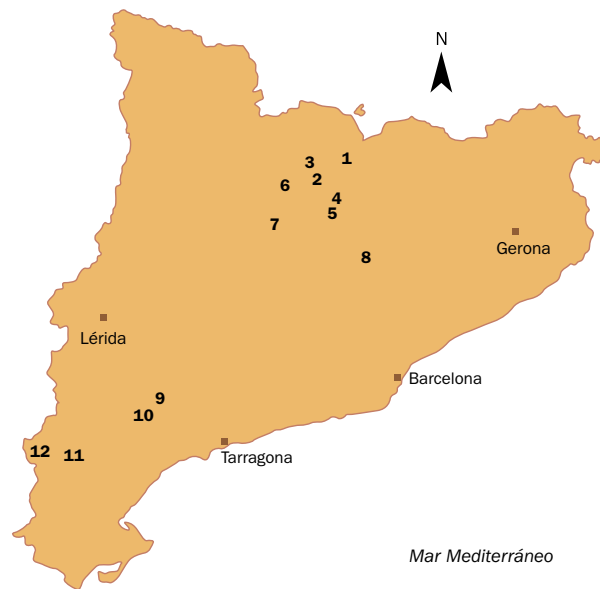
EL INTERIOR DE CATALUÑA Y LAS TIERRAS DEL EBRO

EL INTERIOR DE CATALUÑA Y LAS TIERRAS DEL EBRO



LEJOS DE LAS GRANDES CIUDADES

Tras el recorrido por las comarcas del Pirineo, siguiendo un recorrido horizontal, de este a oeste, el desplazamiento hacia el interior de Cataluña, como podemos ver en el mapa adjunto, por los colectivos cátaros que bajaron de Occitania se concentró en dos áreas bien concretas: el centro-norte y el suroeste, dejando en medio un espacio de poca actividad. Además, evitaron el acercamiento con las grandes poblaciones; en cambio, con la ciudad de Lérida hicieron una excepción; probablemente por la garantía que les proporcionaba la poderosa encomienda templaria de Gardeny, y por la equidistancia que, desde la Ciudad del Segre, tenían los cátaros para desplazarse hacia las comarcas más meridionales de la geografía catalana, y, asimismo, hacia el Matarranya y el Maestrazgo, como veremos más adelante.



1. Bagà.
2. Gósol.
3. Josa de Cadí.
4. Berga.
5. Puig-reig.
6. Sant Llorenç de Morunys.
7. Solsona.
8. Santa Maria de l'Estany.
9. Siurana.
10. La Bisbal de Falset.
11. Gadesa.
12. Caseres.

“La actividad inquisitorial iba dificultando a los cátaros catalanes tener un mínimo de clandestinidad. El catarismo catalán se confunde con el catarismo occitano; el primero se caracteriza por su clima de tolerancia, porque en Cataluña la represión fue a contragolpe de la cruzada.”

JEAN DUVERNOY

Desde los altos prados pirenaicos, a través de la muralla de montañas que separan Occitania de Cataluña, los cátaros fueron descendiendo por estrechos barrancos

naturales, aprovechando los meses finales de la primavera, con el deshielo, y los estivales como más apropiados, en busca de la libertad.

A lo largo del siglo XIII, la ciudad de Lérida —capital de la Terra Ferma en el occidente catalán— se convirtió en un gran centro económico, favorecido por la presencia de repobladores procedentes de diferentes lugares del Languedoc y también de otras regiones de Francia (Gascuña, Provenza, la ciudad de Poitiers, etc.); consecuencia de este caudal humano fue el nacimiento de la Escuela

Románica de Lérida, último brote de este movimiento artístico.

El canon IV del concilio celebrado en la ciudad de Lérida, en 1173, ordenaba a los eclesiásticos desarrollar una severa vigilancia sobre toda clase de delitos contra la fe en Cristo, y la obligatoriedad de denunciar toda clase de herejía.

Esta proliferación de cátaros en suelo catalán se hizo especialmente notable durante los años de la minoría de edad de Jaime I, rey formado por un mentor templatario, Guillén de Montrodón, en el castillo de Monzón (Huesca). El futuro conquistador procuró mostrarse siempre bastante condescendiente con los herejes. Durante los primeros años del siglo XIII, la Iglesia catalana luchó con todas

sus fuerzas para impedir la masiva llegada de los Bons Homes, con las actuaciones del arzobispo de Tarragona Aspargo de la Barca, quien actuó con todo el rigor de su autoridad contra los cátaros de su territorio, y contando con el apoyo en sus prédicas de Rauldolfo, prior de Scala Dei y de los monjes cartujos de este monasterio del Priorat, recién fundado por el monarca Pedro II el Católico.

Pero como estas actuaciones no daban los resultados que deseaba la Iglesia, Gregorio IX no dudó en designar al obispo de Vic, san Bernardo Calbó, para perseguir con la mayor virulencia a los cátaros en todos sus territorios, entregándole como coadjutores inquisidores al prior de los dominicos

de Barcelona y a frey Guillem Barberà, de la misma orden. A pesar de todo ello, el catarismo no solo se mantenía, sino que crecía en los territorios catalanes de la Corona de Aragón. En 1226, el monarca Jaime I, obligado por las presiones del papado, a través de Raimundo de Penyafort, ordena que “se impidiera a los herejes buscar asilo en su reino, y prohibiendo cualquier tipo de ayuda a éstos”.

Como hemos visto, primero se establecieron en Castellbò y otras poblaciones del Pirineo ilerdense. Pero, por desgracia para los cátaros, el refugio en estas montañas hispanas próximas a Occitania no duró mucho tiempo, porque, en 1232, el pontífice Gregorio IX, tras la creación de la Inquisición, hizo llegar al arzobispo de Tarragona la bula *Declinante*, en la que se mostraba su profundo malestar por la existencia consentida de colectivos heréticos en tierras del dominio del monarca Jaime I. Pero la situación se complicó todavía más, dos años después, con la aparición oficial de la temible Inquisición, que se estableció en los territorios de la Corona de Aragón, a cuyo frente estaba Raimundo de Penyafort. Y es preciso hacer hincapié que, al comienzo, la mayoría de los ataques de los representantes de la fe oficial iban a ir dirigidos contra los cátaros que buscaron refugio en Castellbò.

El dominico catalán Raimundo de Penyafort se convirtió en el martillo de los herejes en la Corona de Aragón; su acción más destacada fue la introducción de la Inquisición en los territorios catalanes, a través de la Compila-



Detalle del lateral derecho de la portada principal de la catedral de Tarragona, sede de san Raimundo de Penyafort



Tramo del sendero de los Bons Homes, en subida hacia el castillo de Gósol

ción de las Decretales de Gregorio IX, en donde se establecían las actuaciones a seguir contra los “enemigos de la Cruz”. Penyafort era, además, el confesor de Jaime I. Ante esta situación, el monarca se veía cada vez más obligado a endurecer las persecuciones; aunque, por lo que vemos en las crónicas de su época, no debió mostrar mucho empeño en la tarea, dadas las numerosas quejas que el Conquistador recibió desde el Vaticano. Sin embargo, pese al rechazo público del rey, éste no pudo evitar que comenzaran a producirse las primeras ejecuciones en lugares de sus territorios, siendo los primeros enclaves en sufrir el peso de la Iglesia oficial precisamente Castellbò y otros lugares del Pirineo catalán, como hemos visto anteriormente. Y cuando la situación se hizo más insostenible, porque el largo

brazo de la Inquisición llegaba con su mayor virulencia a irrumpir la paz de estos lugares, buen número de herejes cátaros no dudaron en seguir su camino hacia las tierras más del interior de la geografía catalana, estableciéndose en pequeñas poblaciones, apartadas y alejadas de los grandes núcleos de población, como iremos viendo a continuación. Pero iniciemos ya este interesante recorrido.

BAGÀ (Berguedà)



Al llegar a Bagà, la primera impresión que tiene el viajero es el de haber entrado en el túnel del tiempo. Su plaza dedicada a la memoria de Galceran de Pinós, uno de sus más destacados personajes, conserva sus soportales, y al fondo de la misma, cerca del torreón medieval, una escultura moderna, realizada en hierro, evoca la figura de este singular personaje, que fuera almirante de la armada de Castilla, a mediados del siglo XII. Otro miembro de esta noble familia, Hugo de Pinós —conocido por los franceses como Hugues de Payns—, pudo haber sido uno de los nueve caballeros que, en 1118, formaran el selecto grupo de los escogidos por san Bernardo de Claraval para levantar los cimientos del Temple. A pocos metros de esta plaza, el Ayuntamiento, y bajando en dirección al río, la

iglesia de San Esteban, de estilo románico-gótico, que conserva en una vitrina de su interior la cruz procesional traída desde Constantinopla, del más puro estilo bizantino, que se remonta al siglo XI.

En la zona más alta de la población se encuentra el Palau, que fuera la residencia de los señores de Pinós, desde donde administraban justicia a todas las personas de sus amplias posesiones; edificio ejemplarmente restaurado, marco de toda clase de actividades culturales, y sede, en su planta baja, de la Oficina de Turismo local, además de museo sobre el catarismo y centro logístico del Camí dels Bons Homes, la legendaria ruta utilizada por los colectivos cátaros, durante los siglos XIII y comienzos del XIV.

Éstos, en precarias condiciones, desde las tierras del Languedoc, emprendían el trayecto hacia el sur, a través de las rutas correspondientes al Camí dels Bons Homes y otros senderos menos frecuentados que cruzaban los Pirineos, huyendo de los atropellos de la Inquisición francesa. Y muchas de estas familias, como podemos deducir al ver los apellidos, se quedaron a vivir en Bagà, dadas las singulares características de este lugar (climáticas, riqueza de prados, bosques, abundante agua potable y amabilidad de sus gentes).

Se sabe que la familia de los Pinós llegó a ser tan influyente en los siglos medievales que, cuando, en 1391, se llevó a cabo el pogrom en la judería de Berga, un miembro de su *call* (barrio judío), célebre por sus intervenciones quirúrgicas, fue salvado de las masacres,

y, juntamente con su familia, conducido al paraíso de Bagà, tras el pago de una importante suma de maravedíes, y allí pudo seguir ejerciendo la medicina.

En el sector más profundo de la villa se encuentra el río Bastareny, cuya corriente puede cruzarse a través de un puente de piedra del siglo XVI, de cuyo centro se alza sobre el petril norte un oratorio que hace rogar por un buen viaje a los transeúntes que lo utilizan. Pero antes de abandonar Bagà, le recordamos que, en sus inmediaciones, brotan tres manantiales que merecen la pena ser descubiertos, porque se hallan en medio de parajes de singular belleza natural; se trata de las fuentes del Sofre ('azufre'), la Vinya Vella ('viñedo antiguo') y los Banyadors,

próximo al santuario de Paller; y no se olvide de acercarse al nacimiento del río Bastareny, en la villa de Gisclareny, cuya fuente del Adou se halla a 1.077 m de altitud.

A un par de kilómetros de Bagà, en dirección a Guardiola de Berguedà, se halla Sant Llorenç, considerado como uno de los conjuntos monacales más importantes de la Cataluña románica, restaurado con el mayor acierto, en donde los arcos ciegos, las leñas y las archivoltas recuerdan lo mejor del arte lombardo. Después de visitar este antiguo monasterio, proponemos acercarse al Pedraforca, la montaña sagrada de la sierra del Cadí, a la cual se llega cómodamente por la carretera que se abre a la derecha de la conducción por la N-152, que indica Gósol.



Torreón del sector noroeste del recinto amurallado de la villa de Bagà, desde la plaza de Galceran de Pinós

Trovadores y juglares

La historia del amor cortés entre el hombre y la mujer comienza en los encuentros que tuvieron como singular marco los castillos de Occitania, siendo el ejemplo la fortaleza cátara de Puivert (Aude). Era el amor cantado por los trovadores, y también por las mujeres nobles que escribían poesía —las *trobairitz*—, porque el amor romántico vendría más tarde. La poesía amorosa de los trovadores fue la primera que irrumpiría en la vida cotidiana, la cual causó un impacto tan espectacular que hizo modificar los conceptos socio-culturales del Medioevo en los territorios catalanes de la Corona de Aragón. Sus artífices se expresaban en lengua occitana, y acompañaron a los perfectos y creyentes cátaros en sus constantes desplazamientos a través de las montañas y valles pirenaicos. Los poetas catalanes, por lo tanto, comenzaron escribiendo aquellos primeros versos en lengua occitana.

Mientras el trovador escribía, componía y cantaba sus propios versos y poemas musicales, el juglar —siguiendo al servicio del trovador— divulgaba la obra de su maestro; esto lo realizaba a voz limpia, o bien con la ayuda de instrumentos compatibles —violín, laúd, arpa, fúdule, salterio, tambor, viola de ocho, viola de arco, cornamusa, arpa de boca, flauta dulce, organistro... El juglar dedicado a las canciones de gesta estaba mejor considerado que el que se dedicaba a transmitir canciones de amor. La función del juglar era, especialmente, lúdica, interpretando canciones y poemas de trovadores para la diversión cortesana.



Reproducción de un trovador recitando una canción de amor, en una de las salas del museo cátaro del Palau de la villa de Bagà



Silueta del castillo de Gósol, coronando la colina en donde se asentaba la villa medieval, asilo de cátaros occitanos durante los siglos medievales

GÓSOL (Berguedà)



Fijamos en Gósol, población sobre la ladera occidental de la poderosa mole del Pedraforca, el punto de partida de este itinerario, que llevará a los lectores a seguir las huellas del catarismo por el interior de la geografía catalana, de los Pirineos a las Tierras del Ebro.

En los confines occidentales del Parque Natural de la Serra del Cadí, y con el Pedraforca como telón de fondo, Gósol, uno de los lugares más enigmáticos de la geografía catalana, ha mantenido su condición de pueblo envuelto en la bruma de una historia oculta y legendaria. Los restos del primitivo núcleo urbano, como un esqueleto de piedra, se conservan en

la zona superior de la colina; del cementerio, junto a la iglesia, en ruinas, y el castillo, aún se conservan algunas tumbas que, por sus discos solares de hierro, evocan al astro rey. La fortaleza sería luego arrasada porque sus señores feudales no dudaron en proteger a los colectivos cátaros que, por estos estrechos pasos de montaña, utilizando el Camí dels Bons Homes, bajaron en maltrechas condiciones para salvar sus vidas de la Inquisición francesa.

La vida del influyente comerciante y prestamista Robert d'Arles, vinculado con la ciudad de La Seu d'Urgell, también estuvo relacionada con esta apartada villa, al contraer su tercer matrimonio, porque su nueva esposa, en 1250, adquirió una propiedad en Gósol. De esa misma fecha es un informe de los inquisidores en donde se detalla que en Gósol había pocas casas libres de herejía; por lo que la mayoría de las gentes estaban



El hallazgo del friso en la Serra del Cadí supone uno de los más importantes descubrimientos medievales relacionados con el catarismo. (Foto: Francisco Javier Seoane)

próximas al catarismo. En 1256, Galceran de Pinós, señor del castillo y la villa de Gósol, pidió al arzobispo de Tarragona que le fueran confiados trece herejes de la villa, encerrados en las horribles mazmorras del arzobispado; estos desdichados eran occitanos que habían aprovechado la oferta del señor de Bagà para repoblar estos territorios del Pirineo catalán.

Y es un día muy concreto, el 21 de diciembre, solsticio de invierno y la noche más larga del año, cuando los gritos de las almas de los occitanos asesinados y sin sepultura aprovechan la fuerza del frío viento de la montaña sagrada para pedir un descanso eterno. Mientras, según las leyendas, las brujas se balancean sobre una enorme cadena que une las dos cumbres del Pedraforca; las risas y sarcasmos de las servidoras de Sa-

tán también retumban en los pueblos y gentes de estas montañas. Picasso, en 1906, se curó gracias a estos vientos fríos y secos de Gósol, una tuberculosis que traía de Francia; además, durante seis meses el artista malagueño encontró en este pueblo la inspiración para realizar algunas de sus más renombradas obras pictóricas.

Saliendo de Gósol, en dirección a Peguera, muy cerca del llamado Túnel de l'Avi, hay un antiguo cruce de caminos, utilizado por los cátaros durante los siglos medievales en sus desplazamientos a través de estas montañas y profundos barrancos; allí se encuentra una balma conocida popularmente como Roc de les Mans, por las pinturas de unas manos en la pared de la roca caliza. Se trata de dos manos, en posición abierta (*Dextera Domini*), que parecen indicar

la dirección norte y este. Estas interesantes pinturas, que podrían muy bien haber sido realizadas por cátaros occitanos para facilitar los desplazamientos y evitar errores en los senderos, fueron descubiertas recientemente por Francisco Javier Seoane Fernández, investigador de la historia oculta.

JOSA DE CADÍ (Alt Urgell)



Josa de Cadí es uno de los pueblos más fotogénicos del Pirineo catalán; un verdadero pesebre de piedra, de origen medieval, acurrucado a solana, a 1.431 metros de altitud, en pleno Parque Natural de Cadí-Moixeró, y habitado por 221 personas.

Esta población, que ahonda sus orígenes a finales del siglo IX, siendo citada en el acta de consagración de la catedral de La Seu d'Urgell, formó parte de la baronía de Pinós hasta el siglo XVII, según confirma un documento del año 1107, firmado por Ermengol Josbert, hermano del conde Guillén de Cerdanya, y Galceran de Pinós, en cuyo certificado se citan también las fortalezas de Josa, Os-sera y San Román; todas ellas eran propiedad en aquellos momentos de la baronía de Pinós. Por lo tanto, estos barones, residentes en la villa de Bagà, tenían como vasallos a los señores de Josa, desde mediados del siglo XIII.

Uno de sus más célebres señores fue Ramón de Josa, que se unió al catarismo; él y toda su familia mantuvieron estrechos vínculos con la Iglesia cátara, recibiendo a numerosas delegaciones de perfectos llegadas de Occitania; entre ellos se hallaba el diácono Pere de Corona, después de participar en el concilio cátaro de Pieusse, quien, al pasar por Josa, recibió el *consolamentum*. Por ello, esta población no tardó en estar en el punto de mira de la Inquisición catalana. Ramón fue una persona muy persuasiva y lograba convencer a las autoridades de la Iglesia oficial con promesas que, al final, nunca cumplía, y lograba salirse del paso, como cuando abjuró del catarismo, en 1215, ante la llegada a Josa de Cadí del legado papal Pedro de Benavent. Su hijo, Guillén Ramón de Josa, siguió las tácticas de su padre, adoptando las mismas disculpas, pero comportándose como amigo de los cátaros; hay historiadores que aseguran que incluso se hizo creyente. Al final, la Inquisición, en 1258, terminó condenando a Ramón de Josa, en proceso abierto en la ciudad de Barcelona, y Pere de Cadireta se llevó el gato al agua, porque, conjuntamente con otro inquisidor, Pedro de Termes, fue expresamente a Josa de Cadí para abrir la tumba de Ramón y exhumar su cadáver, condenando al fuego purificador de las llamas sus restos, como hereje colapso. Guillén Ramón y su madre Timbor recibieron la reconciliación con la Iglesia y el rey no confiscó las tierras. Así los inquisidores fueron eliminando, poco a poco, la pre-



Este puente, utilizado por los colectivos cátaros que atravesaban el Berguedà, une la ciudad de Berga con el monasterio de Sant Quirze de Pedret

sencia herética en los territorios de Jaime I. Josa de Cadí era conocida en las esferas eclesiásticas como “el nido de herejes”. Sabemos que Robert d’Arles, el empresario y prestamista de La Seu d’Urgell, también tuvo tratos comerciales con el noble Guillén Ramón de Josa, a quien dejó dinero.

A nivel monumental, Josa de Cadí cuenta con dos iglesias: la superior, que forma parte del enclave fuerte, conocido como el Castell; y la iglesia de Santa María, construida en 1240, a las afueras del pueblo, de una sola nave y cubierta de cañón, escenario de las renombradas fiestas tradicionales que, cada año, celebra la población, en honor a su pasado cátaro, durante la primera semana de septiembre. Estas fiestas, iniciadas en 1997, se conocen como las primeras fiestas que, sobre el catarismo, se celebran en un pueblo catalán, que atraen a todos los amantes de la Edad Media, y de forma especial a los interesados por el catarismo.

BERGA (Berguedà)



La ciudad de Berga, situada a 704 metros de altitud, y con una población de 17.000 habitantes, capital de la comarca barcelonesa del Berguedà, se alza sobre la ladera oriental de la montaña de Queralt, cerca del curso del Llobregat, en una situación privilegiada, en el valle de la Depresión Central Catalana y el Prepirineo.

Se trata de una población muy antigua, que se corresponde con la legendaria *Castrum Bergium* (‘ciudad del paraíso’, en latín) de los celtas, citada por Tito Livio. En el siglo X, tras la conquista a los andalusíes, Berga pasó a formar parte del condado de la Cerdaña. Wifredo II de la Cerdaña fue conde de Berga hasta su retiro en el monas-

terio de Sant Martí del Canigó. En 1117, en tiempos de Ramón Berenguer III, el condado de Berga se integró al de Barcelona.

Berga contó con una importante presencia templaria, dependiente de la vecina encomienda de Puig-reig, cuya iglesia era la de San Juan, que sigue abierta al culto. Gracias al Temple, en Berga convivieron en armonía los tres credos de la España medieval (cristianos, judíos o musulmanes), y también una notable presencia de cátaros, llegados de Occitania. En 1213, Arnau de Bretós, de Berga, envió

a sus hermanos a Puivert (Aude), para que su madre recibiera el *consolamentum*, que le administraron dos perfectos llegados a la capital del Berguedà expresamente desde Occitania. Pero a mediados del siglo XIII, la presión de la Iglesia oficial fue asfixiante para quienes oraban en otros altares; así, en 1256 los inquisidores enviados por el arzobispo de Tarragona inculparon de herejía en Berga y sus alrededores a 178 personas, lo que confirma que el catarismo estaba bien arraigado también en este valle del Llobregat.



Pintura prerrománica de la iglesia de Sant Quirze de Pedret, próxima a Berga, conservada en el Museo Diocesano de Solsona. Aparece representado un círculo solar, con un Cristo en sentido de bendición —bogomilo— y una paloma en la parte superior